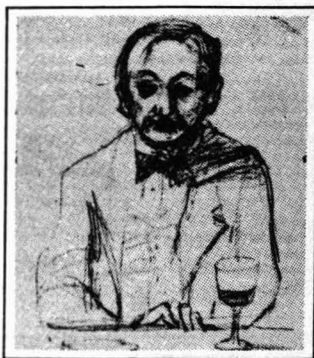


LA MUERTE DEL POETA

Por Hermann Kesten



No quería convencerse de que en realidad el mundo estaba lleno de lo absurdo.

Goethe

Sorprendidos, Alejandro y César miraron en la Rue de Tournon una banca pintada de verde bajo dos castaños.

Aquí había estado hace un año el Hotel Foyot. Era una tarde dominical con una calma de templo. Dos monjes viejos subieron la calle con una sonrisa feliz. En las ventanas superiores de la oficina postal brilló el reflejo del sol vespertino. Delante del bar en los bajos del Hotel de la Poste dos señores panzones con el listón rojo de la legión de honor bebieron una bebida verde meneando la cabeza. La bonita posadera, con una mirada severa, atrás de la barra, les contó a los hermanos que la ciudad de París había mandado quitar el Hotel para ampliar la calle.

En la calle se toparon con Volkmüller, un crítico musical vienés, que durante la ocupación de Viena por Hitler tuvo que huir de un día a otro porque había defendido públicamente a Gustav Mahler y a Arnold Schönberg; a consecuencia de ciertos milagros burocráticos llegó a París sin visa vigente, donde vivía hacía más de un año gracias a un documento francés, el cual especificaba que el portador de ese *refoulement* debía abandonar Francia después de cinco días, o de otra manera, después de una larga reclusión, ser expulsado más allá de las fronteras. Armado con cartas de recomendación, el pobre tenía que ir cada cinco días a la *Préfecture de police* para, con muchas peticiones insistentes, lograr la prórroga del *refoulement* por otros cinco días.

Volkmüller clavó la mirada en los hermanos que se le acercaban como si fueran extranjeros indeseables, como si no reconociera a Alejandro, aunque éste lo hubiera encontrado muchas veces en su mesa de la cervecería, donde Volkmüller llamaba la atención entre todos porque parpadeaba continuamente, se jalaba los dedos y hablaba consigo mismo a media voz.

—¿Buchenwald me ha vuelto irreconocible señor Volkmüller? —preguntó Alejandro.

—¿Usted viene del campo de concentración? —preguntó Volkmüller sin especial interés. ¿Y el joven caballero parecido a usted?

—Apenas llegamos a París y no encontramos el Hotel Foyot ni tampoco a nuestros padres. Desde luego ellos no saben nada de nuestra fuga ya que cualquier correspondencia a Alemania hubiera significado un riesgo para nosotros y a ellos los hubiera comprometido.

—Queremos presentarnos inmediatamente en el ejército francés por si llegase la guerra —explicó César. Volkmüller rio cínicamente—. ¡Extranjeros del enemigo en la guerra!, esto hará un bello capítulo en mi historia de la cultura moderna que escribiré después de mi muerte en el cielo o en el infierno, los únicos lugares donde tal vez uno pueda decir la verdad sin ser castigado.

Después de esto Volkmüller invitó a los hermanos a tomar asiento junto a él en una de las mesas de la cafetería que estaba sobre la calle. Bebía agua mineral con un popote y hablaba ininterrumpidamente, a veces sin conexión ni vergüenza, como hablan sólo los hombres nerviosos en sus monólogos.

—¿Cree usted que Roth tenga la dirección de mis padres? —preguntó Alejandro.

—¿El poeta Joseph Roth? —preguntó asombrado Volkmüller—. Murió en mayo, ¿no lo sabían? Estoy muy enojado porque no debería haber muerto; él hubiera sido lo suficientemente grande como para describir el hundimiento de la humanidad. Ya no hay poetas. Desde luego, murió en el momento justo. Ninguna civilización sobrevivirá esta guerra. Sólo quedarán los *Dachauer* y la SS, los golpeadores y los golpeados. La libertad se está quebrando. Funcionarios de estado torturan a los últimos individuos hasta morir —por idealismo, desde luego; Roth había previsto todo esto y vivió hasta morir de desesperación.

—¿Cómo murió? —preguntó tímidamente Alejandro. Volkmüller mandó por una segunda botella de agua mineral, sacó de una de sus bolsas una pastilla y la tragó con el agua; sacó de la otra bolsa una cajita con polvos diminutos, tomó un polvo y preguntó: —¿Quién se murió?

—¡Joseph Roth. Usted mismo lo dijo!

—¡Un hombre extraordinario! —exclamó Volkmüller de repente con mucha emoción—. Nos ayudó a todos, también a vuestro padre y a usted. ¿Cómo murió? ¿Cómo muere un gran hombre? Estaba sentado aquí en esta mesa, en su Hotel, con su primer desayuno con ron y café, leyendo en el diario de París que su amigo Ernst Toller se había estrangulado en un hotel de Nueva York; resbaló de su silla a la calle y quedó tirado hasta que el peluquero de enfrente lo vio, y como era su amigo vino corriendo y le ayudó a alcanzar de nuevo la silla. La posadera, que a pesar de su carácter severo y su

joven esposo sentía cariño por Roth, me llamó y lo llevamos a su cuarto en el segundo piso del Hotel de la Poste. Pero él se quedó sentado en la única silla del cuarto con el sombrero en la cabeza y con el abrigo colgado sobre los hombros. Por nada del mundo quería irse a la cama. “Soy un soldado, decía, que muere de pie.” Había prometido a un periódico de emigrantes austriacos escribir un artículo sobre Stifter. “Tengo que escribir el *Stifter*”, decía. Después de un rato dijo sentirse mejor y se dejó conducir a la cafetería. La posadera le doró una rebanada de pan blanco y él remojó el pan en vino tinto, pero no le gustó. Sentía frío, y yo fui al cuarto a traer su abrigo y cuando regresé, Roth, inconsciente, estaba tirado en la calle. Con ayuda de un doctor lo llevamos a un hospital en un barrio feo, donde los enfermos mueren sin tener que pagar honorarios.

Roth yacía en su cama blanca y gritaba: “¡Joseph, *une fine!*” y “¡Joseph, *une blonde!*” (Joseph era el mesero del bar en el Hotel de la Poste.)

Cuando la enfermera le puso un vaso de agua tan bruscamente en la mesita tambaleante que una parte del agua se tiró y mojó la almohada y la cara de Roth, él empezó a decir palabrotas en francés con voz tan elevada que la enfermera lo llamó un Anticristo; entonces Roth saludó amablemente con la mano y se señaló a sí mismo diciendo: “¡C’est moi!” y “¡Yo soy el Anticristo!” En uno de sus últimos libros, llamado *El Anticristo*, él había descrito las manifestaciones múltiples de éste en el mundo moderno.

La beata enfermera se escapó y regresó con dos guardias. En su delirio, Roth tomó a uno de ellos por el viejo me-



Joseph Roth con amigos en el café (probablemente en Amsterdam, 1938)

sero del Café des Deux Magots, que era su amigo de confianza, como toda persona con quien tuviera contacto frecuentemente, y le gritó: "¡Mon cher Victor! ¡Une fine et une blonde!"

Los guardianes lo amarraron. Entonces el poeta mal amarrado empezó a alborotar. Gritó que en su cama estaba sentado el Anticristo y le hacía gestos prometiéndole una nueva vida y toda la riqueza del mundo si se dejaba vender. Pero no había nadie sentado en su cama, más que yo, y yo no hacía ningún gesto fuera de que las lágrimas me estaban corriendo por las mejillas y por tanto no podía decir ni palabra. Pero la enfermera le metió una tela en la boca y lo dejó solo por la noche, sudando alborotado y con la ventana abierta, y me sacó fuera del hospital como si fuera su enemigo.

A la mañana siguiente no me dejaron verlo en el hospital ya que la hora de visita no era sino hasta las tres de la tarde. A las tres lo encontré respirando con dificultad y con la frente cubierta por un sudor frío. Roth no me reconoció. Decía "¡Joseph, une blonde!" Entonces me platicó en un susurro que sus editores le habían robado el dinero que tenía que mandar a su mujer en Viena (pero ella ya había muerto años atrás en un manicomio vienés). Después me explicó que nunca se había dejado bautizar (esto tenía que ver con las tendencias católicas en sus últimas obras). Finalmente me aseguró que sus amigos habían conspirado contra él: "Me quieren quitar a Dios", me susurró con el gesto de un conspirador y con eso se refirió, en el mejor de los casos, a Baco.

Yo traía conmigo una minúscula botellita de cognac como ésas que los vendedores de vino regalan como muestra. Se la di pero me la rechazó y dijo que no quería sustituto. Y "¡Joseph, une fine!"

En ese momento entraron la enfermera y el médico y pude todavía esconder la botellita en la bolsa. Me miraron con abierta desconfianza y el médico me explicó que estaba delirando a consecuencia de privarlo del alcohol (lo que había sido necesario).

Callé. Inmediatamente, el médico me señaló que el tiempo de visita había terminado.

Salí, sin palabras de tanto coraje, y dos horas después regresé con un médico conocido, un francés naturalizado, que en 1920, a los diecisiete años, había huido a Rusia después que sus padres, hacendados de la región de Kiev, fueron muertos a golpes. Entramos sin obstáculos al cuarto de Roth. Mi amigo lo revisó y diagnosticó una fuerte pulmonía doble. Cuando la enfermera echó un vistazo y protestó contra nuestra presencia, mi amigo se identificó como médico y pidió se llamara a uno de los doctores. A mí me explicó que sería imposible sacar a Roth en esas condiciones y llevarlo a un hospital particular. Moriría en el trayecto. Cuando finalmente apareció un médico mi amigo fue con él al pasillo. Me quedé solo con Roth. "¿Cómo estás, Roth?", le pregunté.

Con sus ojos brillantes por la fiebre me miró un rato como si estuviera examinándome para ver si era confiable. Me brotaron lágrimas en los ojos. Finalmente movió los labios. No lo entendí. Al cabo creí reconocer la palabra escribir. De mi libreta arranqué una hoja, puse un lápiz en su mano temblorosa, deslizé un periódico bajo la hoja y lo sostuve a él. Se puso a escribir muy lentamente mientras yo miraba la puerta preocupadamente como si fuera un escolar.

La puerta se abrió y rápidamente escondí la hoja en mi bolsa. Mi amigo me dijo que el doctor Perichaux había dado instrucciones a la enfermera nocturna de no dejar solo al en-



El correo austriaco, 1o de julio de 1939

fermo. A la mañana siguiente una enfermera particular se encargaría del cuidado. El doctor Perichaux contemplaba sus manos con disimulo.

Me incliné sobre Roth y le susurré que al día siguiente a las nueve estaría de nuevo con él. Cuando me volví en la puerta me asusté. Nunca en mi vida había visto a un hombre con ojos tan llenos de odio. En la calle recordé la hoja de Roth. La saqué. Decía: "Debo huir. Compra inmediatamente abrigo, sombrero, botas y pasaporte turco. Aquí me dejarán morir como a un perro. ¡Sálvame esta noche. Mañana será demasiado tarde!"

Tragué saliva para no sollozar y le di la hoja a mi amigo. "¿Qué quiere decir pasaporte turco?", pregunté. Mi amigo extendió la hoja y me la regresó. "Guarda bien esta hoja", dijo.

Cuando a la mañana siguiente llegué al cuarto de Roth, cinco minutos después de las nueve, ya estaba muerto.

—¡Horrible! —dijo Alejandro.

—¿Por qué? —preguntó Volkmüller, ordenando una tercera agua mineral, y tomando otra pastilla—. Es peor que haya tenido una vida tan terrible. Pero esto lo contaré en otra ocasión; y probablemente su vida no era nada horrible. Quién sabe qué piensa otro hombre de su propia vida. Sin embargo, tratándose de un gran poeta, su opinión sobre la vida debería ser precisa. . . ¿verdad? ¿O dudan ustedes que Joseph Roth haya sido el poeta más grande de Austria entre las dos guerras mundiales? Volkmüller vio tan amenazadoramente a los dos hermanos que estos se levantaron. ♦

De la novela de Hermann Kesten *Los gemelos de Nürnberg*.